



LICENCIATURA EN PSICOLOGÍA

MATERIA: PSICOLOGÍA SOCIAL DE LOS GRUPOS LPF310

ALUMNA: MARÍA JULIETA VILLARREAL CARRASCO

TEMA: INTRODUCCIÓN A LA ECLESIOLOGÍA

FECHA: 8/ 05/ 2026

LUGAR: CD. JUAREZ CHIHUAHUA

La Comunidad de Fe y las Señales del Nuevo Pacto

Introducción

La doctrina de la iglesia y las ordenanzas establecidas por Cristo forman parte esencial de la vida y práctica de cada creyente. A lo largo de la historia bíblica, Dios ha llamado constantemente e incansablemente a un pueblo para sí mismo, no solamente con el propósito de salvarlos como individuos y de manera aislada, sino para lograr formar una comunidad espiritual que viva en comunión, adoración y obediencia a Él.

Dentro de esta comunidad, conocida como “La Iglesia”, nuestro Señor Jesús dejó señales visibles que expresarían abiertamente verdades espirituales profundas:

- El bautismo
- Cena del Señor

Estas ordenanzas pueden parecer sencillas, pero no pueden estar más lejos de la realidad, porque no son simples tradiciones religiosas, sino que son actos llenos de significado y poder que reflejan sobre todo la obra redentora de Cristo, pero de igual manera nos hablan claramente de la relación continua del creyente con Dios y con su pueblo. Al comprender la naturaleza de la iglesia, el significado del bautismo y la importancia de la Cena del Señor, nos permitirá apreciar con mayor profundidad el plan divino para la vida cristiana y fortalecer el compromiso espiritual de cada creyente dentro del cuerpo de Cristo.

La doctrina que se practica dentro y fuera de la Iglesia entonces comienza a ocupar un lugar fundamental en la vida cristiana porque permite comprender el propósito de Dios para su pueblo y la relación correcta que debe existir entre los creyentes y Cristo. En la Biblia vemos a un Dios que está llamando para sí un pueblo apartado que viva en constante y diaria comunión con Él y que refleje su gloria en la tierra. Es por esta razón, que la Iglesia no debe entenderse solamente como un edificio o una organización religiosa, sino que debería ser como una gran comunidad que une a todos los verdaderos creyentes de todos los tiempos. Esta verdad increíble amplía la perspectiva del creyente

como un individuo, ya que permite entender que aunque la salvación es individual y personal, te hace formar parte de un plan y una familia mucho más grande y eterna.

El concepto de Iglesia invisible y visible ayuda a comprender mejor y a profundidad esta realidad espiritual:

- La Iglesia invisible: Es la Iglesia formada por todos aquellos que realmente y de todo corazón han sido regenerados y conocidos por Dios como verdaderos creyentes. Esta regeneración solo Dios puede ser un verdadero juez al ver con perfección quiénes son los que verdaderamente pertenecen a su pueblo.
- La Iglesia visible: Es la Iglesia que está compuesta por todas las personas que profesan abiertamente seguir a Cristo y participan de la vida congregacional. Dentro de esta comunidad visible, física y presencial, pueden existir como convivir diariamente tanto creyentes genuinos como personas que aún no han experimentado una verdadera conversión en sus vidas personales. Esta diferencia nos enseña la importancia de no depender únicamente de lo que vemos en lo exterior, que puede ser solo una apariencia religiosa, sino que debemos mantener una relación verdadera y viva con Cristo, conviviendo con los fieles de Cristo al mismo tiempo que acompañamos a aquellos que aún están iniciando su proceso de fe en Cristo.

El estudio de la naturaleza de la Iglesia también permite comprender que Dios no tiene dos pueblos separados, uno solo para Israel y otro solo para la Iglesia, sino que hablamos de un solo pueblo redimido por medio de la fe. En el Antiguo Testamento, Dios prometió que bendeciría a todas las naciones y formaría un pueblo para sí mismo, hecho que en el Nuevo Testamento, se vuelve realidad al ver ahora a Cristo aparecer como la cabeza de ese pueblo redimido y la Iglesia como su cuerpo. Esto demuestra la unidad del plan de salvación con el Plan del Padre de un solo pueblo, una comunidad, una familia y le da continuidad al propósito divino a través de la historia.

Otro aspecto importante de la doctrina de la Iglesia son las marcas que identifican a una iglesia verdadera. El material estudiado destaca especialmente dos:

- La correcta predicación de la Palabra de Dios

- La correcta administración de las ordenanzas.

Una iglesia que permanece fiel al estudio y la escudriñación de las Escrituras y proclama con claridad el evangelio está cumpliendo su función principal en este mundo.

La enseñanza bíblica, por lo tanto, es esencial porque la Iglesia no puede sostenerse sobre opiniones humanas ni tradiciones vacías que están en constante cambio y que se basan en los valores decaídos de una sociedad de pecadores alejados de Cristo, sino que un verdadero creyente y la Iglesia deben solo creer en la verdad revelada por Dios. Es en este contexto que las ordenanzas como el bautismo y la Cena del Señor se convierten en señales visibles y exteriorizadas de las grandes realidades espirituales del evangelio que suceden en un primer plano dentro del creyente y que ahora fortalecen la fe de los creyentes en comunidad.

La Iglesia también tiene propósitos específicos establecidos por Dios:

1. El primero es el ministerio hacia Dios por medio de la adoración. La adoración ocupa un lugar tan central y único porque la Iglesia existe solamente con el propósito sobrenatural y majestuoso de glorificar a Dios y reconocer su grandeza. Cuando los creyentes se reúnen en unidad para adorar, expresan dependencia, gratitud y amor hacia el Señor. La adoración nunca debe reducirse solamente a la música o a ciertas actividades o liturgia dentro del templo, sino que debe representar una vida rendida a Dios.
2. El segundo propósito de la Iglesia es el ministerio hacia los creyentes, es decir, la edificación mutua. Los creyentes necesitamos fortalecernos unos a otros, crecer en santidad y madurez espiritual, y desarrollar los dones que Dios nos ha dado para servir dentro del cuerpo de Cristo. La Iglesia debe funcionar como una familia espiritual en la que cada miembro, tanto maduro en la fe como recién convertido, tiene valor e importancia. La metáfora bíblica del cuerpo de Cristo enseña precisamente esta realidad, que ningún creyente es innecesario y que todos deben trabajar unidos para el crecimiento espiritual común.
3. El tercer propósito es el ministerio hacia el mundo mediante la evangelización, el ministerio de reconciliación y las obras de misericordia. La Iglesia no puede encerrarse en sí misma y buscar solo la madurez de la iglesia local, sino que debe buscar la propagación del reino de Dios en el mundo y por lo tanto, tiene la

responsabilidad de llevar el evangelio a quienes no conocen a Cristo, reflejando el amor de Dios a través del servicio, la compasión y la ayuda práctica hacia las personas necesitadas. De esta manera, la Iglesia se convierte en un testimonio vivo del carácter de Cristo.

Personalmente, he visto los beneficios de estudiar la naturaleza de la Iglesia ya que produce una visión más amplia y profunda de la vida cristiana. El poder comprender que uno pertenece al pueblo santificado de Dios de todos los tiempos genera una clara identidad espiritual, responsabilidad y gratitud al igual que nos motiva a valorar más la congregación local a la que pertenecemos y nos lleva a participar activamente en ella. La unidad entre creyentes se vuelve un aspecto esencial, ya que la Iglesia debe reflejar el amor y la comunión que existen en Cristo.

Asimismo, este tema práctico y real nos invita a examinar si la iglesia local ha logrado o no permanecer fiel a la verdad bíblica y si realmente cumple con los propósitos establecidos por Dios. Una iglesia saludable será aquella que adore correctamente, enseñe fielmente la Palabra y que busque el crecimiento espiritual y evangelístico de sus miembros.

Cada creyente debe llegar a una autoevaluación y preguntarse de qué manera puede servir mejor dentro del cuerpo de Cristo. Teniendo en cuenta que algunas personas son llamadas a enseñar, otras a servir, evangelizar, dirigir o animar a otros. Todos los dones son importantes y necesarios cuando son usados para la gloria de Dios.

Finalmente, la doctrina de la Iglesia nos recuerda que Cristo nos ama profundamente como su pueblo escogido. Él es la cabeza de la Iglesia y la sostiene constantemente. A pesar de las debilidades humanas, Dios continúa perfeccionando a su Iglesia y preparando a su pueblo para la eternidad. Esta verdad debe producir esperanza, compromiso y amor dentro de cada creyente por la obra de Dios.

La comprensión correcta de la naturaleza de la iglesia conduce al creyente a que naturalmente entienda el requerimiento del bautismo. Si la iglesia es como dice la Biblia el pueblo redimido por Cristo y el cuerpo espiritual es realmente formado por todos los creyentes, entonces el bautismo se convierte en una señal visible de la entrada oficial y social a esa comunidad de fe. Un individuo o persona no se puede salvar a sí mismo,

pero sí representa públicamente la unión del creyente con Cristo en su muerte y resurrección, así como su identificación con la iglesia.

De esta manera, el bautismo no puede separarse de la doctrina de la iglesia, porque expresa externamente una realidad espiritual interna, la obra del Espíritu Santo en el creyente creado ahora una nueva vida en Cristo y una nueva pertenencia al pueblo de Dios.

El bautismo es una de las ordenanzas instituidas por Jesucristo para su Iglesia y representa una expresión pública de la fe del creyente. Aunque el bautismo en sí mismo no produce salvación, posee un profundo significado espiritual porque simboliza la unión del creyente con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección. A través de esta práctica poderosa, la persona declara públicamente que ha decidido seguir a Jesús y que ha comenzado una nueva vida en Él.

En el Nuevo Testamento esta práctica se realizaba por inmersión. El significado de la palabra griega utilizada para bautizar apunta a la idea de sumergir completamente en agua. Además, varios relatos bíblicos muestran que las personas descendían al agua para después salir de ella. Este simbolismo es importante porque representa claramente la muerte al pecado y el nacimiento a una nueva vida en Cristo.

El bautismo está inevitablemente relacionado con el arrepentimiento y la fe.

En el Nuevo Testamento, aquellos que eran bautizados eran personas que primero habían escuchado el evangelio, habían depositado su fe en la obra de Cristo y luego daban este paso de obediencia. Por esa razón, el bautismo corresponde a quienes han hecho una profesión personal y consciente de fe. No como un acto meramente cultural o tradicional, sino como una respuesta de obediencia al evangelio.

Es importante resaltar que la enseñanza bíblica sobre el bautismo es una de las que más difiere de algunas doctrinas históricas, especialmente de la posición católica romana que afirma que el bautismo produce regeneración y es necesario para la salvación, pensamiento incorrecto ya que la Biblia menciona y enfatiza que la salvación viene únicamente por la fe en Jesucristo y no por el acto físico del bautismo. El agua no limpia el pecado; más bien, simboliza la obra espiritual que Dios ya realizó en el corazón del creyente.

De igual manera está la postura paidobautista, en palabras más simples, el bautismo infantil, esta postura entiende el bautismo como una señal de entrada a la comunidad del pacto, semejante a la circuncisión en el Antiguo Testamento. Sin embargo, es necesario recalcar que no se puede hacer esta comparación o relación entre ambos porque existe una diferencia importante entre ambas prácticas. Mientras que la circuncisión se aplicaba a todos los niños varones del pueblo de Israel, el bautismo en el Nuevo Testamento aparece relacionado únicamente con una respuesta personal de fe y arrepentimiento.

Más allá de las diferencias doctrinales, el bautismo sigue siendo una práctica de enorme valor espiritual para la vida cristiana. Es un acto de obediencia al mandato de Cristo y también una proclamación pública del evangelio. Cuando una persona se bautiza, declara ante la iglesia y el mundo que pertenece a Cristo y que desea por el resto de su vida vivir para Él.

El bautismo también fortalece espiritualmente al creyente. Muchas personas experimentan gozo, compromiso y seguridad espiritual al obedecer este mandato. Además, la congregación entera es edificada al ver el testimonio de quienes deciden seguir a Cristo de todo corazón, cuerpo y alma. Los servicios bautismales suelen convertirse en momentos de celebración, adoración y gratitud a Dios.

En el aspecto práctico y personal, el estudio del bautismo nos ayuda a valorar de una manera más profunda el significado de la nueva vida en Cristo. Recordar que el bautismo simboliza no solo la muerte sino la resurrección lleva al creyente a reflexionar sobre su compromiso diario con Dios. La verdadera vida cristiana implica dejar atrás todo el pecado y caminar en total obediencia, sumisión y santidad ante el Señor y Rey de todo el universo.

También es importante recalcar que el bautismo no debería verse simplemente como una mera tradición religiosa o un requisito externo. Sino que su verdadero valor se encuentra en el significado espiritual que representa. Por eso la iglesia tiene la responsabilidad y el deber de enseñar correctamente esta doctrina para evitar confusiones respecto a la salvación.

El bautismo además posee un fuerte impacto evangelístico. Los testimonios de conversión y obediencia pueden tocar profundamente a quienes aún no conocen a

Cristo. Muchas veces, al escuchar cómo Dios transformó la vida de una persona, otros pueden ser motivados a buscar también al Señor. De esta manera, el bautismo no solo fortalece al creyente que participa, sino también a toda la congregación y a quienes observan.

Estudiar esta doctrina también motiva a los creyentes a recordar su propia experiencia de conversión y compromiso con Dios. El bautismo se convierte en un recordatorio visible de la gracia de Cristo y de la nueva identidad que el creyente tiene en Él. La obediencia en este aspecto demuestra amor y fidelidad hacia el Señor.

Finalmente, el bautismo enseña que la vida cristiana debe ser pública y visible. Cristo llamó a sus seguidores a identificarse con Él delante de los demás. El creyente no debe avergonzarse de su fe, sino proclamar con valentía que pertenece a Cristo. Así, el bautismo permanece como una señal poderosa del evangelio y de la obra transformadora de Dios en la vida humana.

Así como el bautismo representa el inicio de la vida cristiana y la identificación del creyente con Cristo y su iglesia, la Cena del Señor simboliza la continuidad de esa comunión espiritual. El bautismo se recibe una vez como testimonio del nuevo nacimiento, mientras que la Cena del Señor se celebra repetidamente para recordar el sacrificio de Cristo, fortalecer la fe y reafirmar la unidad del cuerpo de creyentes. Ambas ordenanzas están profundamente conectadas, pues señalan la misma obra redentora de Jesús: el bautismo proclama nuestra participación en su muerte y resurrección, y la Cena del Señor nos invita constantemente a recordar y vivir a la luz de ese sacrificio.

La Cena del Señor es una de las ordenanzas más significativas de la vida cristiana porque permite recordar constantemente el sacrificio de Jesucristo y mantener viva la comunión espiritual con Él. A diferencia del bautismo, que se realiza solamente una sola vez como símbolo del inicio de la vida cristiana y la unidad a la comunidad de Cristo y su iglesia, la Cena del Señor se practica repetidamente como una señal continua de la relación del creyente con Cristo y con su Iglesia.

El fundamento bíblico de la Cena del Señor se encuentra en las palabras de Jesús durante la última cena con sus discípulos. Allí tomó el pan y la copa, los relacionó con su

cuerpo y su sangre, y mandó que todos sus seguidores hicieran esto en memoria de Él. Desde entonces, la Iglesia ha celebrado esta ordenanza como un recordatorio visible de la obra redentora de Cristo.

Esta práctica de comer en la presencia de Dios tiene antecedentes importantes en el Antiguo Testamento. Desde el huerto del Edén hasta las comidas de comunión del pueblo de Israel, se observa que Dios siempre ha deseado tener compañerismo y una relación íntima con su pueblo. Sin embargo, la Cena del Señor posee un significado mucho más profundo porque recuerda que Cristo ya pagó completamente por el pecado y abrió el camino para una comunión restaurada con Dios.

La Cena del Señor simboliza varias verdades esenciales de la fe cristiana:

- Nos recuerda la muerte de Cristo.
- El pan partido simboliza su cuerpo entregado.
- La copa representa su sangre derramada por el perdón de los pecados.
- La Cena del Señor simboliza la participación de los creyentes en los beneficios de la obra de Cristo.

Entre las verdades que trae a la luz son las siguientes:

- Cada vez que los creyentes participan, proclaman la muerte del Señor hasta que Él venga.
- Participar del pan y de la copa expresa que el creyente depende completamente de Jesús para recibir salvación, perdón y vida espiritual.
- Otro significado importante es la nutrición espiritual. Así como el alimento fortalece físicamente al cuerpo, Cristo fortalece espiritualmente al creyente. La Cena del Señor recuerda que el alma necesita continuamente de Cristo para permanecer firme y crecer espiritualmente.
- La Cena del Señor también expresa la unidad de la Iglesia. Todos los creyentes participan del mismo pan y forman un solo cuerpo en Cristo. Esta verdad enseña la importancia de la comunión, el amor y la reconciliación entre hermanos.

Además de simbolizar estas verdades, la Cena del Señor reafirma el amor incesable de Cristo por sus hijos. Cada vez que el creyente participa, está recordando que Jesús lo

invitó personalmente a acercarse a Él, anticipando la esperanza futura de participar un día en la gran cena de las bodas del Cordero en la eternidad.

Es necesario de igual manera clarificar y analizar las diferentes posturas doctrinales que surgen de esta doctrina y práctica acerca de la presencia de Cristo en la Cena del Señor. Tenemos primeramente la doctrina católica romana de la transubstanciación, que enseña que el pan y el vino se convierten literalmente en el cuerpo y la sangre de Cristo, considerando que es misa es una repetición del sacrificio de Cristo. Sin embargo, es una idea completamente errónea ya que la carta a los Hebreos enseña claramente que Cristo murió una sola vez y para siempre.

También está la posición luterana que sostiene que Cristo está presente “en, con y bajo” cada uno de los elementos, mientras que la mayoría del protestantismo afirma que el pan y el vino son solo símbolos y que Cristo sí está presente pero de manera espiritual y especial alrededor de los creyentes que participan con fe. Esta última posición enfatiza que el valor simbólico de la Cena y la realidad de la comunión espiritual se encuentran en y con Cristo.

Otro aspecto muy debatible y fundamental es la cuestión de quiénes deben y pueden participar de la Cena del Señor. Nosotros sostenemos que solamente los verdaderos creyentes deben hacerlo y que cada persona debe autoexaminarse antes de participar. Este examen personal implica el tomar un tiempo para reflexionar sobre tu propia relación con Dios y con los demás creyentes, no se trata solamente de participar externamente, sino de tener una cercanía real con una debida reverencia, al arrepentimiento y sinceridad en el deseo de cambio.

La enseñanza de Jesús sobre la reconciliación también se relaciona con este tema. Antes de acercarse a Dios en adoración, el creyente debe procurar presentarse como sacrificio agradable a Dios, de olor grato, esto implica el arreglar los conflictos y vivir en paz con otros. La Cena del Señor recuerda la unidad del cuerpo de Cristo y llama a los creyentes a reflejar el carácter de Jesús en cada una de sus relaciones.

Estudiar sobre la Cena del Señor debe producir un mayor deseo de participar de ello con reverencia y gratitud, conociendo las implicaciones y santidad requeridas. Esto resulta en una vivencia y experiencia plena de esta ordenanza, en otras palabras, se deja de ver

como una simple tradición y se convierte en un momento de profunda adoración, reflexión y comunión espiritual llevando al creyente a recordar constantemente el sacrificio de Cristo y el inmenso amor demostrado en la cruz. Saber que Jesús entregó su cuerpo y derramó su sangre por la salvación humana fortalece la fe y produce gratitud.

Finalmente, la Santa Cena dirige la mirada hacia el futuro. La Biblia nos enseña que un día todos los creyentes participarán en la cena de las bodas del Cordero junto a Cristo. Por eso, cada celebración y participación de la Cena del Señor anticipa la esperanza eterna de comunión perfecta con Dios. Esta verdad anima al creyente a perseverar y tener una esperanza fiel, mientras espera el regreso de Cristo.

Conclusión

Al estudiar sobre la naturaleza de la iglesia, el bautismo y la Cena del Señor, se nos revela no solo la profundidad sino la coherencia del plan de Dios de salvación y consagración para su pueblo.

La iglesia no es simplemente una organización humana, sino que es el cuerpo espiritual de Cristo, llamado a vivir en santidad, unidad y servicio. Dentro de esa comunidad llamada y escogida, el bautismo y la Cena del Señor funcionan como expresiones visibles de realidades espirituales eternas. El bautismo por su parte declara públicamente la nueva vida en Cristo y la identificación del creyente con su muerte y resurrección, mientras que la Cena del Señor recuerda continuamente el sacrificio redentor de Jesús y fortalece la comunión primeramente entre los creyentes y segundo con el Señor mismo. Estas doctrinas no deben verse de manera aislada, sino como partes complementarias de una misma verdad: Dios ha formado un pueblo redimido para vivir en relación con Él y manifestar su gracia al mundo. Comprender estas enseñanzas produce una mayor reverencia hacia la obra de Cristo, un compromiso más profundo con la iglesia y un deseo sincero de vivir en obediencia y comunión con Dios.